



SILVA TERCERA

LA TARDE

Con agradable paso,
dulce, adorada lumbre,
el noble señorío
cedes del cielo raso
al resplandor sombrío

de las rubias estrellas,
y plegando tus alas
en grata mansedumbre,
recoges ¡ay! con ellas
tu hermosa esplendidez y ricas galas.

Ornada de rubíes,
hundes la tierna frente
en la mar encendida,
y con franjas vestida
de rojos carmesíes,
retocas levemente
la mar de verde y plata,
de azul del ancho cielo,
y, con lucido vuelo,
las nubes de escarlata,
y de esmeralda el suelo.

De las excelsas vías
ligera te desprendes,
y si al nacer subías

de nube en nube osada,
ya mustia y desmayada,
de una en otra descendes,
y en las verdes alfombras
de los profundos mares
tu manto real descolorida tiendes,
cegando luces y engendrando sombras.

Con plácido desmayo
su incendio peregrino,
ya débil, mortecino,
se apaga rayo á rayo;
y leve y rubicunda,
de su fulgor escaso
débilmente se inunda
el esplendente ocaso;
y fulgurando triste,
de la atmósfera vana
el transparente manto
ligeramente viste
con pálidos reflejos,
ya aquí de rosa y grana,
ya allá de nieve y rosa,
acullá de amaranto,
más lejos de oro, y de jazmín más lejos.

Iluminando apenas
el cárdeno horizonte,
con ráfagas serenas
riela esplendorosa
colorada en el monte,
rica en los cielos, y en la mar hermosa.

¡Cómo están despidiendo
del rojo sol las postrimeras lumbres
con desacorde estruendo,
balando los rebaños por las cumbres,
por los valles las tórtolas gimiendo!

Y en alas de los céfiros suaves
formando bandas, por los aires, bellas,
¡oh, cómo en pos de sus brillantes huellas
rápidas van las altaneras aves!

Con lúgubre gemido
solloza el manso viento;
es un ¡ay! cada ruido,
cada voz un lamento.

Los árboles sus cúpulas frondosas
con verde pompa y majestad inclinan,
á impulso de las auras sonoras
que hacia el ocaso tras la luz caminan.

Si alza la noche su atezado manto,
la luz huyendo, sus horrores dobla;
si gime un ave en dolorido canto,
el eco gime, y su plañir redobla.

Quejas levanta al murmurar doliente
fugaz el aura en apacibles giros,
y al trasmontar la luz, son de la fuente
las aguas llanto, y el rumor suspiros.

¡Ay! no es así cuando á los frescos llanos
bajan al alba en celestial decoro
sífides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñen con guirnaldas de oro.

Plácida entonces entre flores gira
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respira
amor la selva, y la pradera amores.

La niebla entonces por el manso viento
se adorna de los rayos matutinos,
y entonces se oyen con sabroso acento,
en vez de quejas, amorosos trinos.

— ¡Sombras, que osadas hacia el rubio ocaso
camináis tristemente
tardías, refrenad el negro paso;
que aun brillan, cual lucientes atalayas,
del yerto monte las robustas hayas!

¡Refrenad, bando impuro,
el paso acelerado,
templando los horrores
de vuestro manto oscuro;
que aun miro alborozado
del claro sol al resplandor propicio,
si alfombras huella de olorosas flores,
ó la orilla tal vez de un precipicio!

No importa que de estrellas,
al parecer tan bellas,
bordéis esplendorosas
las alas tenebrosas;
sus pálidos reflejos
son mentidos espejos;
y el brillo afrentan de las más preciosas
las falsas piedras, si se ven de lejos.

Mas ¡ay! que con tu corte refulgente,
luz de mis ojos, te abismaste en tanto...
¿Por qué, si al trasmontar, son de la fuente
ayes los sones, y las aguas llanto?

Vuelve otra vez, porque á los frescos llanos
bajan al alba en celestial decoro
sífides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñan con guirnaldas de oro.

Vuelve, y que entonces entre flores gire
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respire
amor la selva, y la pradera amores.

La Guirnalda

Dar pretendo á la más bella,
que menos sepa de amores,
una guirnalda de flores,
y mi corazón con ella.

Niñas de los ojos bellos,
al triunfo optad las primeras,
si al par contáis hechiceras
las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos aliños
con ella á ser coronadas,
hermosas como las hadas
con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa,
mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y gualda
sus bellas flores nacieron;
jamás las gracias tejieron
tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas
¡cómo vagando la mecen!
ved ¡qué conformes parecen
entre los lirios, las rosas!

Con los azahares distinto
junta el clavel su carmín,
y entre jazmín y jazmín,
salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda
concuerdan con dulce agrado
con el matiz más nevado
la más subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores
dan, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,
aspira al don soberano,
levante airosa la mano,
y ciña su sien con ella.

Mas cuide no se la ciña
sin ser de beldad modelo,
pues pagará, vive el cielo,
su inadvertencia de niña.

Que nadie el don halagüeño
sin causa podrá alcanzarlo,
pues se deshace al tocarlo,
como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma
ganar en la lid podría...
Mas cesa, esperanza mía,
no así me inquietes el alma.

Que no han de empañar ahora,
al recordar mis amores,
otras lágrimas las flores
que las que les dió la aurora.

Esa florida guirnalda,
ya despojada de abrojos,
ha de hechizarme los ojos
sobre la tez de una espalda.

Venid, venid, peregrinas,
matando, niñas, de amores.
Justo es que gocéis las flores
alguna vez sin espinas.

Y no diréis que inhumano
vuestro placer no prevengo,
cuando por vosotras tengo
llena de heridas la mano.

¿Y á quién, al verla, no asombra
esa guirnalda gentil,
tan vaga, aérea y sutil,
que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la transparencia
afrenta, así desplegada,
de aire y matices formada,
lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mías,
tiene su verde frescura,
y tan fresca su verdura
como el abril de mis días.

Aun no ajaron sus colores
del céfiro los arrullos,

ni el huracán sus capullos,
ni las abejas sus flores.

Y con tenue movimiento,
jamás tocaron sus galas
ni del ruiseñor las alas,
ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,
se ostenta con pompa suma
tan fresca como la espuma,
tan suave como la rosa.

Y fresca y suave y pura,
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejo esperando
la reina de la hermosura.

—
Por esto si alguna bella
merece el don soberano,
levante airosa la mano,
y ciña su sien con ella.





A FELISA,

EL DÍA DE SU BODA

Aunque á la aurora temores,
y al mismo sol dés enojos,
te sientan con mil primores
la languidez en los ojos,
y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
los diamantes en tu cuello,
las rosas en tus mejillas,
que con real ornato brillas
desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
dé á tu belleza decoro,
¡ay, que en tu lindo semblante
oculta cada diamante,
bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
no ocultes los ojos bellos,
porque te dirán con risa
que ya leyeron, Felisa,
tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
las niñas en dulce calma
oyen, con turbado intento,
cosas que murmura el viento
y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
los ángeles, y que hermosos
de luz su frente coronan,
y dobles himnos entonan,
de su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan,
y que en torno se revuelven;
acentos de amor levantan;
las llaman hermosas; cantan;
besan su faz, y se vuelven.

Y en este instante de gloria,
con recuerdos seductores,
ya sé que por su memoria
pasan la amorosa historia
de sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
en esa ilusión tranquila
probando estás amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

Dí si en tus ojos se encienden
los ángeles; si contento
te causa tal vez su acento;
y si mirándote, tienden
las blancas alas al viento.

Dí si recuerdas, Felisa,
las canciones que sonaron
en tu calle, y se apagaron;
¡que por Dios que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Que os es muy grato á las bellas
al son del arpa importuna
oir amantes querellas,
ya al brillo de las estrellas,
ya al resplandor de la luna.

Y os place ver derramados
cantos de amor por los cielos,
porque causen acordados
á otras hermosuras celos,
y á otros galanes cuidados.

Y oís las trovas de amores,
en vuestro lecho adormidas,
como los vagos rumores
que hacen al ondear las flores,
de vuestras rejas prendidas.

Y al despertar, con empeños
tal vez pensáis que, halagüeños
os dan, cantando, placeres,
esos dulcísimos seres
con quien platicáis en sueños.

Mas ¡ay, que ya se apagaron
aquellos cantos, Felisa,
que en tu alabanza sonaron!
y por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron.

Pasaron los amadores,
llevando sus falsas llamas;
tiempo es que libre de azores
trate, Felisa, de amores,
la tórtola entre las ramas.

Ya no escucharás, cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Las rosas que con pasión
hoy te prendiste galana,
las últimas rosas son
que columpió en tu balcón
la brisa de la mañana.

Si ya con plácidas glosas
tu pecho nunca se embriaga,
aun hay canciones gustosas,
con que á las tiernas esposas
el aura nocturna halaga.

Si trovas no están rompiendo
tus sueños, como hasta aquí,
los romperá el dulce estruendo
de algún pecho que gimiendo
esté, Felisa, por tí.

Y unos sonos muy callados
oirás cruzar por los cielos,
sin que causen, acordados,
ni á otras hermosuras, celos,
ni á otros amantes, cuidados.

Y á cada momento, hermosa,
en grata ilusión tranquila,
podrás probar amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

TU RISA

Agite placentera
la risa veleidosa,
como el aura ligera,
tus mejillas de rosa.
Descienda fugitiva
por la serena frente,
ya desaparezca esquiva,
ya torne de repente,
ya en fantástico vuelo
vague, en torno girando,
ya, dando tregua al duelo,
huya y torne fugaz, fugaz pasando.

Y después amorosa,
luego que haya tocado,
ya el labio colorado,
ya la mejilla hermosa,
aérea, rutilante,
como leve ambrosía,
venga á caer amante
en lo más hondo, al fin, del alma mía.